

## DIOS EN EL ACONTECIMIENTO

J. Severino Croatto

### I - Planteo teológico

Es posible que el título no sugiera nada nuevo en un primer momento, ya que es evidente que Dios se manifiesta en los acontecimientos, que los dirige y les impone una teleología. Pero todo esto puede ser comprendido desde *una* perspectiva: la del Dios *ya revelado*. Por poco no obstante, que ahondemos en tal comprensión del mundo, nos daremos cuenta de que lleva a una teología del Dios “desconocido” en los acontecimientos. Es un Dios “en” la historia, pero oscurecido en cuanto a su manifestación “reveladora” y “significante”-de-los-sucesos.

Constatamos, de hecho, la incapacidad de la teología tradicional para “discernir” a Dios en los acontecimientos del mundo. De ahí también su desinterés por ellos. Se había convertido en una teología “esencialista”, definidora de “verdades”. La praxis debía [53] partir de una “contemplación” de las verdades definidas y codificadas, interpretadas “auténticamente” por un magisterio vertical que ya “poseía» el *depósitum fidei* inamovible.

Todo esto supone que la revelación es *intelectual*, captada por el intelecto bien dispuesto (no me refiero al proceso de revelación originaria, que fue en sentido inverso, aunque es interpretado “noéticamente”, sino a su comprensión presente). En otras palabras, Dios es “conocido”. Aunque se trate de evitar un intelectualismo estéril, enfatizando la necesidad de “actuar” en las condiciones de la vida concreta el Mensaje *ya entregado* otrora.

Si de cualquier manera tal “conocimiento” de la Revelación *pasada* influye en la praxis, lo hace *desde* arriba, *desde* atrás. Y, por supuesto, sólo los “conocedores” de la Verdad juzgan y deciden sobre la ortopraxis. Esta es “cualificada” *desde* una ortodoxia.

Aunque parezca paradójico, se trata en el fondo de una teología de tendencia *mítica* (no en su expresión sino, lo que es más grave, en su radicalidad misma): pues el hombre es “orientado” y “salvado» por un Acontecimiento primordial (*trasladado*, eso sí desde la cosmogonía a la historia) que es siempre idéntico a sí mismo. Pero aclaremos que este fenómeno, hasta *aquí*, es normal y positivo; sucede empero que *se omite la otra referencia*, la del Acontecimiento *presente*, lo único que verdaderamente “desmitologiza” y completa antitéticamente aquella tendencia a que hicimos referencia.

En la Revelación bíblica fue el “Dios del Acontecimiento» el que hizo emerger una teología de ruptura con el discurso mítico y creó una tensión constante entre el lenguaje de los arquetipos (esta vez “históricos”) y el del “Deus praesens» en la historia subsecuente.

### II - Deficiencias de la teología tradicional

El olvido de esta experiencia teológica de Israel (ligada y muy radicalmente, a una actividad hermenéutica de la fe) junto con la enfatización de los contenidos “revelados” ya y

“depositados” en la Escritura y en la Tradición, condujo a una serie de actitudes características. Señalo algunas, sin intención de ordenar:

1. — Importancia extremada de la Ley, del Magisterio, de la jerarquía, del rito (aun del sacramento del bautismo como “necesario” para la salvación), del *control* de la liturgia en sus detalles mínimos (otra vez, se trata de una tendencia mítica, de por sí muy significativa pero no “despojada” de sus connotaciones cosmológicas).

[54]

2. — Respecto a la interpretación del lenguaje bíblico: ¿no será también por todo esto que la Iglesia (y los cristianos) hemos creído *tan fácilmente* en la “historia” de las narraciones de estructura mítica, y que la Iglesia haya sido (y sea) tan reacia a una comprensión del lenguaje mítico de la Biblia y de los Credos? Dicha “comprensión” querría *guardar* el lenguaje mítico para *captar* su significado intencional. El fijismo, al contrario, guardaba una “historia” (irreal) y *perdía* la “significación” del lenguaje. Dicho en otra forma: lo profundo, trascendente, pasaba a nivel de “contingencia” *histórica* (v. gr. el pecado de Adán, la ascendencia davídica de Jesús, el cumplimiento de las profecías, etc.).

3. — De esta manera, Dios no es ya una “Presencia Trascendente” en los acontecimientos del hombre real, sino más bien un mero “hacedor de milagros” en una historia “paralela” y *privilegiada* (piénsese, si no, en el celebrado criterio de los milagros que se “probaba” ser exclusivo del catolicismo...). Tal vez porque habíamos “invertido» el sentido de la trascendencia, visualizada en lo *exteriormente* extraordinario, no en el “sentido” de lo ordinario (cf. infra). Esa “historia sagrada paralela” no quiere negar la trascendencia de Dios. Todo lo contrario. Pero afirma que se necesitó una proliferación de milagros para mostrar esa Presencia trascendente, haciéndose una insuperable dicotomía con la historia real del hombre, el cual entonces queda “marginado”. Mas como esto último tampoco es aceptado por principio (allí están las verdades de la Providencia de Dios, de la redención universal, etc.), resulta otra deformación más, a saber, las “acciones de hombres» son “santificadas” *desde afuera* (intención, gracia, etc.) e *individualísticamente*. Y así se pierde la perspectiva de la “historia de los hombres”, de un mundo (cristiano o no) impregnado de una “Presencia” de Dios que le “da sentido”. Se esfuma por tanto toda perspectiva de una revelación *en el pueblo* (queda a lo más la dimensión riesgosa de “pueblo cristiano» en circuito cerrado) donde se conservan valores originarios de verdad.

4. — Tampoco ( y por eso mismo) se cree en los *procesos históricos* (cf. más adelante).

5. — Otras implicaciones de tal teología del Dios *ya revelado*:

a) No se destaca el descubrimiento de Dios como el Absoluto en el hombre (a no ser de una manera esencialista: ser espiritual, inmortal, imagen del Templo del [55] Espíritu Santo, etc.). El “encuentro existencial” con Dios no importa mucha novedad.

b) Se piensa en una “reformulación” del lenguaje, etc., no en una *recreación* del mismo a partir del Acontecimiento salvífico-liberador.

### III - La nueva perspectiva

El hablar de “Dios *en* el Acontecimiento” no alude, por tanto, a una iluminación de éste por la luz de la Revelación transmitida (veremos que tampoco se omite este “enfoque”), sino a

una Revelación *nueva*, presencial, en nuevas circunstancias (es evidente) y *con nuevos contenidos*. Así fue la Revelación dada a Israel. Sólo que el fenómeno de la codificación de las Escrituras hasta su fijación en un canon (común a las religiones que se han desarrollado en un marco cultural privilegiado) —proceso significativo por cierto— originó la imagen de una locución de Dios cerrada en un momento determinado de la historia. Pero el “sentido” mismo y las vicisitudes de aquella Revelación manifiestan que esa interpretación es parcial (y de consecuencias lamentables, según tratamos de determinar).

La afirmación de un revelarse *nuevo* de Dios —por el hecho de que se epifaniza en los *sucesos* del hombre de todos los tiempos— implica varios momentos en orden a la fe:

- a) El hombre (el cristiano) debe “descubrir” a Dios (vamos a profundizar después esta idea, ya que sugiere que aquella presencia divina *no* se confunde con el horizonte de facticidad exterior, controlable por la crónica).
- b) La fe impone hacer una “sintonía” con la Revelación arquetípica. Sintonía o “fusión de horizontes” (Gadamer) que no se fundamente en la unidad del género humano, sino en la *teleología salvífica* del designio de Dios. Por ejemplo, el Dios “liberador” del éxodo no puede contradecirse aceptando la “opresión” en otra coyuntura histórica.
- c) El “reconocimiento” de Dios en el suceso salvífico-teleológico no es instantáneo (¡no es un milagro!), sino que el hombre hace “aflorar” esa *presencia profunda* de Dios a medida que el Acontecimiento va entregando su “sentido”. Aquí empalmamos con las reflexiones de P. Ri- [56] *coeur*.<sup>1</sup> La articulación entre suceso y sentido es al nudo de todo el problema hermenéutico. La palabra como suceso puntual, por ejemplo, tiende a superarse a sí misma como “sentido” durativo (es la relación entre *noêsis* y *noêma*).
- d) Pero esta supresión del acontecimiento en el “sentido” connota una profundización *en aquél*, a partir de *nuevas situaciones* homologadas con él. El éxodo se convierte en “dador de sentido” y es comprendido como “gesta de Dios” a partir de las vivencias *sucesivas* que Israel tuvo de ese Dios liberador allí epifanizado. Es en esta etapa de “simplificación del sentido” cuando aflora el lenguaje simbólico y mítico como orientador a la trascendencia.
- e) El suceso, convertido en “sentido”, se hace *palabra* (credo, relato) que sondea *en los orígenes*: cosmogonía en la cosmovisión mítica, Promesa en la concepción bíblica. Pero la primacía del suceso es esencial, e “intencionante” de la Promesa. Justamente porque no se tiene en cuenta este fenómeno se cae fácilmente en las teologías de una Revelación *ya dada* y concluida. El Dios de la “Promesa” es posterior (a nivel de “sentido”) al del Acontecimiento salvífico.
- f) Aquella palabra-del-sentido-del-acontecimiento tiende a hacerse *escritura* (cf. *supra*). Nuevamente es Ricoeur quien mejor ha sorprendido las virtualidades hermenéuticas de este proceso. Sobre todo porque la escritura (o también “tradición” oral, o mito) *libera al lector de la intención del autor*. La escritura, que parece alienar el discurso, marca su verdadera *espiritualidad*; aquí interviene la “interpretación” que “salva” el

---

<sup>1</sup> *Événement et sens*; en: *Archivio di Filosofia* 1971: 2, 15-34.

discurso o palabra-locución. Evidentemente, la *interpretación* de la escritura es ambigua: o libera del autor y asume en su “sentido” el Acontecimiento del lector-intérprete (proceso hermenéutico) o aliena nuevamente en una “no-donación de sentido” (interpretación farisaica, y todo nomismo).

#### IV – Una reflexión

Si Dios se manifiesta en el Acontecimiento, no se “reduce” a lo contingente. Al revés, hace que el suceso “trascienda” (en la comprensión del hombre de fe) su propia limitación y concreción histórica y geográfica, para traslucir un “sentido” transmumental o [57] trans-eventual, que luego es expresado en el lenguaje del “credo” o del relato de estructura mítico-simbólica.

Lo mismo sucede con la Encarnación: Dios se *expresa* en la temporalidad de los hombres sin “reducir” su divinidad (*kénosis*). Sin embargo, condesciende a epifanizarla en una Palabra-hecha-Carne, que hace que en la Carne —en la historia de los hombres— se capte ahora una dimensión trascendente.<sup>2</sup> El hombre aparece “redimensionado” una vez que descubre una Presencia de Dios en su propia historia. En ese sentido, el individualismo del “conocimiento” gnóstico, upanisádico, o místico, se completa con un “reconocimiento” de Dios en los procesos históricos, en las vicisitudes de los pueblos, en las experiencias grupales o comunitarias, como también en la historicidad de cada hombre *proyectado* a su propio *telos*. Pero es esencial que éste “descubra” esa Presencia de Dios en el Acontecimiento para “conocer” su propia sacralidad y trascendencia.

—Sólo así tiene *sentido* hablar de una “historia sagrada”...

—Por otra parte, el lenguaje de las hierofanías cósmicas (como expresión de una sacralidad trascendente del cosmos) es completado por el de la hierofanía *histórica* (como voluntad teleológica, designio de Dios).

#### V - Algunos datos bíblicos

Estas referencias no serán confirmatorias. Mas bien, fueron el punto de partida de las consideraciones hechas. En realidad, no importa tanto tal o cual pasaje bíblico, sino la significación total de la Palabra de Dios que se formula *a partir* del Acontecimiento, a través de un proceso hermenéutico rotativo, “desimplicador” de sentido por un lado, “implicador” por otro. Eso de que *Novum Testamentum in Vetere latet, Vetus autem in Novo patet* (“el NT está latente en el Antiguo, el AT se manifiesta en el Nuevo”) tiene implicaciones —en el sentido de nuestra exposición— que no han sido aprovechadas por la teología clásica por haber situado toda la problemática en el pasado, y no haber incluido en el proceso la continuidad presente de la historia de salvación. En efecto:

- 1) El Acontecimiento (en el sentido en que venimos hablando) es también “revelador” de otros niveles significativos [58] de lo ya dado. El conocido “logion” de Cristo en Mateo 5,17ss nos dice que Él “cumple” la Ley, pero el contexto evangélico nos muestra que el “cumplimiento” de la Ley equivale a su *abrogación*. Ello no es nada paradójico; sucede que el “plus” de lo nuevo transmuta esencialmente todo el resto. La intelección farisaica de la Ley queda evacuada de todo “sentido” por un retomar la “reserva-de-sentido” de parte de Cristo.

---

<sup>2</sup> Diría que el “Tú eres Eso” de la sabiduría hindú es comprendido en otra dimensión, como “trascendencia” del hombre histórico, corpóreo, extendido en el tiempo.

2) El juzgar un Acontecimiento solamente por las pautas conocidas y sacralizadas lleva a un rechazo del “sentido” de aquél. O sea, se despista lo nuevo cuando se lo quiere encerrar en moldes viejos. Lo del “odre viejo para el vino nuevo” (Mateo 9,17) es una crítica a quienes no captan la originalidad histórica de Jesús (el Acontecimiento nuevo no puede ser encerrado en esquemas recibidos porque se pierde todo su “sentido”). Herodes no entiende a Jesús (Lucas 9,1ss) porque intenta clasificarlo entre las figuras reconocidas por la tradición. Así, nunca podría “reconocer al Cristo histórico (que superó toda profecía mesiánica...).

En la misma línea está el desconcierto de los judíos en Juan 9 (curación del ciego de nacimiento). Al no aceptar el “suceso”, que los hubiera “liberado” de su propia tortura espiritual, se enredan en el absurdo, o en el ridículo.

3) Con el cumplimiento de las “profecías” puede suceder lo mismo. Nunca se cumple la *letra* de una profecía, sino su “sentido”, el cual puede connotar su propia evacuación como letra, es decir, como figura. En otras palabras, al “cumplirse” se convierte en “figura” inane. Sólo se “revela” en una nueva dimensión cuando se la *relee* retrospectivamente *a partir* de su “cumplimiento” que no es literal. Ninguna profecía se realizó literalmente. Cristo no cumplió “profecías” pero les dio “sentido” a todas (otra cosa es que el redactor evangélico haga homologar el Acontecimiento de Cristo con tal o cual texto profético lo que, por otra parte, es un fenómeno hermenéutico sumamente rico, pero que no queremos explayar aquí). Recordemos un hecho muy simple, y que por ser tal no es muy atendido: la frase de Cristo a los discípulos de Emaús, era necesario que *el Cristo padeciera* eso y entrara así en su gloria?” (Lucas 24,26), dicha en relación con las profecías (v.25), no responde a ninguna profecía [59] *mesiánica*. El escándalo que debía superar la predicación primitiva (cf. Hechos 17,3) era precisamente el de reconocer al Cristo (Mesías) en el Jesús crucificado. Pero volvamos a la frase de Lucas 24,26. Ella supone que *ya* se entiende y *relee* a la profecía *a partir* del hecho pascual, y no al revés. Por lo mismo, se la entiende como querigma de la Iglesia no como palabra literal de Jesús.

4) La novedad del Acontecimiento invierte el “sentido” de la Revelación anterior, que deja de ser tal cuando no sintoniza con aquél. A los judíos, “conocedores” de Dios por antonomasia, Jesús se atreve a decirles: “vosotros no lo conocéis” (Juan 7,28; 8,54s). Y no por ser “ignorantes”, sino por no descubrir a Dios *en su Enviado*. Sucede que, a partir de Él como el nuevo gran Acontecimiento, a Dios se lo conoce *por Él*: no en cuanto revelador por la Palabra, sino sobre todo porque Dios se revela totalmente en Él. Por eso Jesús añade: “no me conocéis ni a mí ni a mi Padre; si *me conocierais a mí*, conoceríais también a mi Padre” (Juan 8,19). La reprimenda de Jesús a Felipe, un íntimo al fin y al cabo, muestra una vez más que *Cristo* es la manifestación del Padre (14,8ss). Sucede que Felipe no había “entendido” aún a Cristo. Y los judíos no habían “entendido» a Dios... Quien no cree en Jesús como la nueva manifestación del Padre, *oscurece* toda visión de Dios (cf. Juan 9,39; o el episodio sobre “Belzebul” en Lucas 11,14ss que muestra cómo el rechazo de Jesús connota un desequilibrio en la captación de los signos de Dios).

Cristo es tremendamente original y *nuevo*. Ante el advenimiento de lo nuevo, lo otro envejece de inmediato: cf, Hebreos 8,13.

5) Todo esto puede ser admitido racionalmente para el pasado. Mas el Evangelio es criterio para nosotros no solamente por las enseñanzas morales, sino también por las actitudes de Cristo y también por la “significación” *situacional* que tuvo Él como Acontecimiento nuevo. Por eso, ¿por qué no aplicamos lo dicho al dogma, al derecho y a la *vida* de la Iglesia? ¿o hasta a instituciones que creíamos “expresión de la voluntad de Dios” pero que, con la manifestación de nuevos Acontecimientos, se descubren vacías» de Dios...?

[60]

6) En el mismo plano, hay que comenzar a hacer teología a partir de los Acontecimientos, de *nuestros* procesos históricos. ¿Por qué hemos sido formados con una teología “universal” y esencialista sin ninguna referencia a la historia que vivimos? ¿Qué capacidad tenemos de ayudar a “descubrir” la Palabra de Dios? ¿No deberíamos reelaborar toda nuestra teología? Gracias a Dios, es un proceso ya iniciado por muchos, pero desde las bases (por la auscultación de los hechos), nunca desde arriba (fenomenológicamente imposible). La reflexión teológica desde la experiencia vital de la fe es lo que permitirá “comprender” el nuevo rostro de Dios, que es siempre EL DIOS *EN EL ACONTECIMIENTO*.

## VI - Conclusión

Solamente si se *cree* en el Dios del Acontecimiento, en su *novedad* “crítica” y hasta “subversiva” (porque desmorona lo “poseído”) *se* puede *reformular* en serio la fe y —lo que es más importante y *anterior*— uno puede *insertarse en un proceso* histórico de salvación-liberación. Por eso no cree en lo “cristiano” de un compromiso político quien vive en forma exclusiva del Dios antiguamente revelado. La *coincidencia* entre un pensar desde lo revelado y formulado y un no aceptar un compromiso con el hombre real, es tremendamente significativa. Como es significativa, por el otro lado, la “liberación” de ciertas estructuras “religiosas” del hombre que *vive* el Evangelio:<sup>3</sup> no sólo respecto a las “verdades” que le atañen *directamente* (como el creer que la voluntad de Dios adviene meramente por los que tienen el poder: obispos, superiores [“el que a vosotros escucha, a Mí me escucha”, no se refiere a los que mandan, sino, al contrario, a los que predicán sin imponer. . .]), sino también en otras más “cosmovisionales.

En otras palabras: hay *otra capacidad* de comprender la fe y basta sus formulaciones! El hombre sencillo que vive al Dios del Acontecimiento parece tener un don más radical para hacer *teología* que el teólogo profesional o el representante de la Iglesia oficial. Es simplemente una cuestión de Verdad y de sentido de las cosas.

---

<sup>3</sup> Es una constante, dentro de la Biblia, esta crítica a los formalismos, incluso religiosos. Véase, p. ej., en: *Revista Bíblica* 34 (1972) 112 y 114.